

¿Qué ha sido el ecumenismo en Cuba?

Por P. MARCIANO GARCÍA, odc

El ecumenismo protestante tuvo unos comienzos muy inciertos en Cuba. La primera idea de hacer algo ecuménico en la isla surgió en la Conferencia de Panamá, en 1916. Algunos líderes evangélicos en Cuba decidieron dar los primeros pasos para llevar a efecto algunos planes comunes. Los metodistas no cooperaron y todo quedó estancado.

En 1940 se funda el Consejo Cubano de Iglesias Evangélicas. Habría tres frentes: Fe y Orden, Iglesia y Sociedad, Misiones y Evangelización. Los dos primeros aspectos quedaron desatendidos. En 1941, J. Merle Davis, del Consejo Internacional Misionero, visita Cuba y hace un estudio. Concluye que las Iglesias necesitan seguir dependiendo económicamente de los Estados Unidos y observa que el pastor cubano vive por debajo del nivel del pastor americano. El catolicismo no había formado la conciencia de los fieles en orden al sustentamiento de los pastores, lo que ahora repercute negativamente en las iglesias evangélicas. Comprueba que la juventud educada en sus escuelas se aparta de sus iglesias. Estas comunidades están demasiado divididas, son pequeñas, débiles. De su culto seco y puritano, los fieles se van a las prácticas espiritistas. Propone dos

soluciones: optar por el campo pobre y unir las pequeñas parroquias.

En 1942 se da la gran asamblea de Cárdenas en la que se fortalece el ecumenismo y se toman medidas concretas: fundar un seminario teológico común, que funciona en Matanzas desde 1946, activar la conciencia social, y se comienzan planes agrícolas en Oriente y campañas de alfabetización. De 1948 a 1952 se celebró el 50 aniversario del protestantismo cubano. Por aquellos años en Estados Unidos se hacía famoso el predicador Billy Graham. Muchos imitadores vinieron a Cuba, pero no obtuvieron mayor éxito.

La Iglesia Católica cubana salió muy lesionada de la época colonial y estrenó la República rebajada al nivel de la santería o cualquier otro culto, por supersticioso que fuera. Se convirtió en objeto directo de los ataques de todos los que de una u otra manera no simpatizaban con ella, principalmente el liberalismo criollo y las confesiones protestantes. A las voces anticlericales tradicionales, se unieron ahora en un desafinado coro, los ataques de los diversos representantes de las iglesias protestantes.

La Iglesia Católica se defendió como pudo, bajando muchas veces al mismo plano de la querrela de mal gusto. Fueron famosas por los años 50, en Sancti Spiritus, las diatribas radiales entre presbiterianos y católicos. Cuando era miembro de la Juventud Católica Cubana, yo mismo participé en aquellas batallas verbales de insultos y denuedos. Cuando debíamos pasar por la acera de una iglesia evangélica, pasábamos la calle para cruzar ante ella por la acera de enfrente. Era una forma no solo de expresar nuestro rechazo, sino también nuestra pureza católica.

Por un continuado esfuerzo de presencia y valores educativos hacia 1950, ya la Iglesia Católica cubana había alcanzado en el país un alto prestigio. Frente a las otras denominaciones cristianas no cabía más que el enfrentamiento. La Iglesia Católica



Encuentro Ecuménico del papa Juan Pablo II, durante su visita a Cuba, en 1998.

representaba, en definitiva, la tradición religiosa cubana, mantenía la identidad nacional, y brindaba una visión de Cuba independiente de los Estados Unidos respecto de importantes vínculos culturales.

De repente, en pocos días, esta Iglesia Católica pujante, sorprendida por unos acontecimientos políticos insospechados, se vio despojada de casi todo su poder, de sus colegios, hospitales, centros de atención, agentes pastorales y no pudo hacer otra cosa que asumir en principio una posición de mal disimulada neutralidad como medida elemental de conservación.

Por los mismos tiempos en que se desarrollaba el proceso revolucionario en Cuba con sus drásticos cambios, se producía el Concilio Vaticano II. Sus reformas litúrgicas y teológicas llegaban al pueblo católico cubano junto con los cambios sociales de la Revolución. Una posición de fidelidad a la autoridad pontificia y de estrecha unidad interior era lo único posible para una Iglesia amenazada de muerte, destinada políticamente a desaparecer.

No eran las mejores condiciones para diálogos ecuménicos. Algún Obispo de visita aquí nos dijo que el ecumenismo era un lujo que nosotros no podíamos darnos. Pero el impulso ecuménico del Concilio Vaticano II se sintió también en Cuba y se produjeron cambios significativos.

Raúl Gómez Treto resume así la situación inicial de postconcilio: «La apertura al movimiento ecuménico cristiano iniciada en la Iglesia Católica por el Concilio Vaticano II, no tuvo en Cuba efectos inmediatos. Hasta que los obispos cubanos no recibieron el Directorio elaborado por el Secretariado para la Unidad de los Cristianos y aprobado el 28 de abril de 1967 por Su Santidad Pablo VI, para ejecutar "aquello que acerca de la materia ecuménica fue promulgado por el Concilio Vaticano II", lo estudiaron y acordaron los pasos a dar, no se decidieron a autorizar oficialmente la participación de católicos en actividades ecuménicas en el país relacionadas con otras Iglesias cristianas y con el Consejo de Iglesias Evangélicas de Cuba». Se creó la Comisión Episcopal de Ecumenismo que presidió monseñor Fernando Azcárate, s.j. y en la que tuvo una relevancia especial la presencia del padre Carlos Manuel de Céspedes.

Se comenzaron a celebrar de modo especial las Semanas de Oración por la unidad de los cristianos, con intercambios de cátedra, siguiendo el método de reunirse una vez en una comunidad católica, ocasión en que proclamaba la palabra un pastor, y otra vez en una comunidad evangélica, ocasión en que predicaba un sacerdote católico. Esta práctica se llamó "intercambio de cátedra".

En La Habana se debe destacar la acción ecuménica de Raúl Enrique Gómez Treto, doctor en Derecho Civil, Administrativo y Diplomático, quien desplegó amplia acción ecuménica desde el año 1967, en que fue nombrado por la Conferencia de Obispos Cubanos para los asuntos ecuménicos. Participó en numerosos encuentros ecuménicos, nacionales e internacionales hasta su muerte en 1992. Fue un gran estudioso no sólo

del Derecho, sino también de la Historia, siendo miembro del CEHILA. Multifacético y dinámico, fue hombre de verdaderos sentimientos ecuménicos, vividos desde sus primeros años de estudiante, en que participaba en Campamentos Ecuménicos de W.C.A, en Baltimore E.U.A. Su participación en eventos internacionales relacionados con actividades ecuménicas fue muy notable.

Matanzas fue un lugar de gran actividad ecuménica gracias a los esfuerzos del presbítero Juan

La manzana de la discordia debe convertirse en la manzana de la concordia. Es necesario promover un ecumenismo espiritual, teológico y social.

Manuel Machado, sacerdote de una decidida vocación ecuménica. Nació en la provincia de Matanzas en el año 1926, hizo sus estudios en Montreal, Canadá, ordenado en 1960, pasó a Roma a estudiar Derecho Canónico; después hace cursos de Teología Pastoral y se especializa en Liturgia en la Abadía de san Andrés, junto a los Padres Benedictinos en Brujas, Bélgica. Regresa a Matanzas donde fue Vicario General de la diócesis hasta su muerte en 1993. Conquistó la cooperación de los otros sacerdotes de la ciudad y de los pastores de las diversas denominaciones. Se hicieron allí notables avances en la práctica del ecumenismo. Entre los pastores y personas más abiertas se lograron éxitos significativos.

También en otras ciudades donde la presencia de Iglesias Evangélicas había sido notable, se dieron acti-

vidades ecuménicas de mucha calidad, como Sancti Spiritus, Santiago de Cuba, Guantánamo, etc.

El enfoque teológico de la labor ecuménica fue pasando por diversos matices ideológicos, buscando puntos de coincidencia entre los diversos pastores e iglesias. La vuelta a la Biblia del Concilio Vaticano II abrió un puente de comunicación entre la Iglesia Católica y las Evangélicas. Se optó, en principio, por un ecumenismo espiritual, por una conversión, que tenía como meta eliminar toda expresión odiosa en las mutuas apreciaciones. Los "malditos herejes" de antes pasaron a ser los "hermanos separados" de ahora. Desde el Consejo Mundial de Iglesias se alentaban otros métodos, entre ellos el emprender tareas comunes con los demás ciudadanos.

El proceso de acercamiento de algunos pastores importantes al programa político fue enfriando, entre otras cosas, aún más la anterior efervescencia ecuménica, dando origen a nuevos motivos de separación. El ecumenismo entraba en una etapa de evidente declinación. El Documento Final del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, ENEC, de febrero de 1986, de 231 páginas y 1170 números, dedica solamente media página al ecumenismo en nueve pequeñísimos números, suficiente para decir que «Se han dado algunos pasos en este campo al calor del Concilio Vaticano II, pero en nuestro medio el ecumenismo se ha dificultado por la multiplicidad de confesiones, la falta de información y,

a veces, por las concepciones diversas del ecumenismo». Se intentaría promover un ecumenismo espiritual, teológico y social. El alcance que se quiere dar a esto lo expresa la *Línea de Acción*: «Intensificar en las comunidades un mayor espíritu ecuménico en cada uno de sus miembros, dándoles formación adecuada para asumir este diálogo propio de la naturaleza misma de la Iglesia con un espíritu de reconciliación y comunión». Con ello el trabajo ecuménico quedaba relegado al plano individual de los fieles en las comunidades de base.

Acogida por todos con entusiasmo, beneficiosa para todas las confesiones, la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba en enero de 1998, dejó esta punzante recomendación a los Obispos cubanos: «Y en este empeño, con espíritu ecuménico, procuren la sana cooperación de las demás confesiones cristianas».

El empeño a que se refiere es la búsqueda «de espacios de forma insis-

tente... para acrecentar su capacidad de servicio». Evidentemente se trata de un aspecto político que debe ser negociado pacientemente. Parece que la manzana de la discordia debiera convertirse ahora en la manzana de la concordia. Aquellas posiciones políticas que crearon nuevas distancias entre católicos y protestantes, deberán ser ahora objeto de acercamiento, de cooperación.

Lo que parece innegable es que la presencia del Santo Padre en Cuba fue un acontecimiento ecuménico trascendental. Todos los creyentes, cristianos y no cristianos, se han sentido unidos con el Santo Padre. Ya no es «la bestia apocalíptica», sino el hombre religioso, testigo insuperable de la fe, de toda fe religiosa. Y esto sin quererlo ni buscarlo nadie, simplemente por la gracia de su carisma personal, del paso de Dios que él significó y que nos unió a todos en la alegría de la confesión de la fe en el Padre común.

¿Significó esto un nuevo despertar ecuménico? ¿Una nueva aurora amaneció en el cielo de la unión entre todos los cristianos en Cuba? Sea cual sea la respuesta, el futuro está ahí, señalado, abierto, urgente. Entonces, ¿qué ha sido el ecumenismo en Cuba? Saque usted sus propias consecuencias.



Juan Pablo II saluda, durante su encuentro con las denominaciones religiosas en la Nunciatura Apostólica de La Habana, a la reverenda Ofelia M. Ortega, rectora del Seminario Evangélico de Matanzas. En el encuentro también estaba el arzobispo de La Habana, cardenal Jaime Ortega Alamino (al centro en la foto).